

EL PASAPORTE

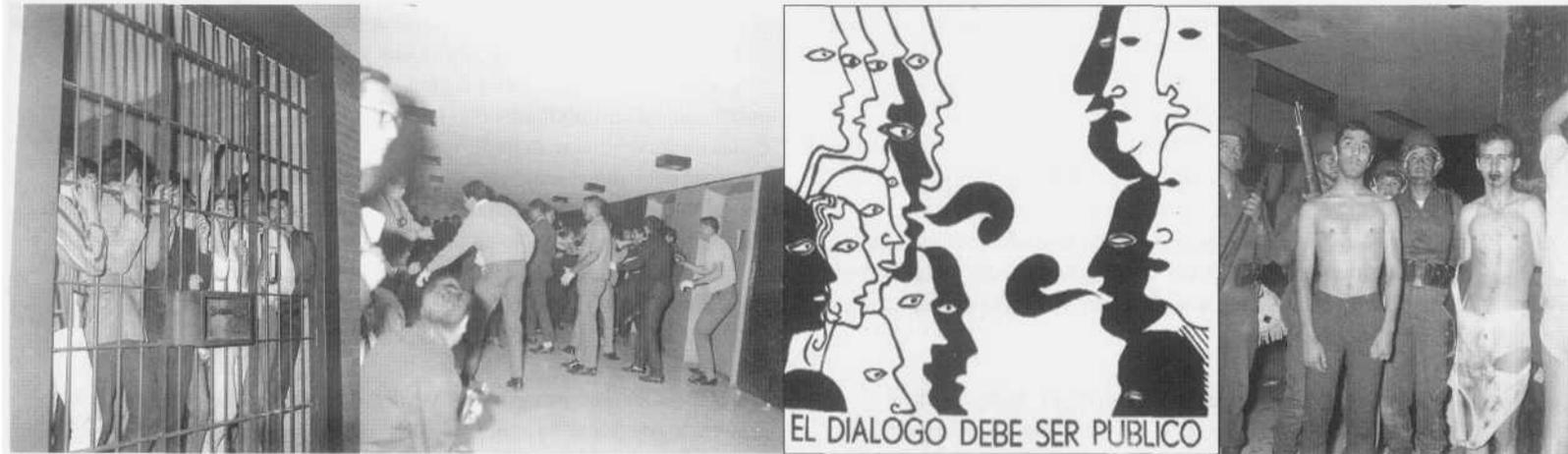
Julio Carrasco Bretón

Habíamos llegado por fin a la manifestación del 2 de octubre y la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco lucía repleta de compañeros y compañeras, arrebatada al destino próximo del lunático de la autoridad, el tristemente célebre Díaz Ordaz. Empezaron los discursos del Consejo Nacional de Huelga. Estaban presentes los contingentes de la Universidad, del Politécnico, las preparatorias, las vocas, algunos ferrocarrileros, entre tantos grupos y organizaciones. Se volvió a leer el manifiesto y arengamos contra la bestia del Palacio, su séquito policiaco y el ejército, que días antes había tomado Ciudad Universitaria. Mi maestro y amigo Julio Terán Zavaleta había sido apresado junto con otros distinguidos universitarios esa madrugada, como poco después lo serían el ingeniero Heberto Castillo, José Revueltas, Eli de Gortari y muchos más.

El horror seco como humo nos atolondró para escarbar nuestras conciencias.

En segundos, la pared de vidrio era una puesta en escena quebrada por una multitud de gritos. “¡Se apaga la luz!”. Afuera, los destellos y la masacre entraban a nuestros ojos. La gente comenzó a empujarnos “arriada” por las órdenes de tres tipos de *seguridad*, los de siempre —esos rurales convertidos en Kent—, los que desde la Independencia de México se encargan de los trabajos sucios, ya sea amedrentar, torturar, fusilar o matar arteramente.

La garganta aplastó mi primer llanto de furia y el cerebro se me llenó de imágenes rápidas sobre nuestra sumisa historia política. Nos pasaban por un pasillo con más regaños. Gabriel me da un codazo, con eso bastó para entender que



Recordaba cómo Julio, mi tocayo, había ideado llenar globos con gas, de los cuales quedaba suspendido un paquete de volantes que con el viento iban a parar a todos lados, volviendo locos a los policías que, de repente, veían caer propaganda del cielo sin descubrir ninguna brigada. En cierto momento, mi amigo Gabriel me pidió que lo acompañara de volada a recoger su pasaporte al edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, vecino a la Plaza. En un abrir y cerrar de ojos salimos de la multitud, para sentir la atmósfera gris de la burocracia mexicana. Estábamos en la cola de espera del pasaporte cuando una señora con lentes a la Sofía Loren, gritó. Segundos después de oírla y no escuchar ni un silbido, cundió ese pánico con olor a adrenalina colectiva, donde el miedo amarra los estómagos. Nadie atendió la mirada del policía junto a las puertas de vidrio que había caído herido de un balazo en la cabeza.

estaba presenciando la fractura de la *imagen institucional*. Estaba naciendo otro México para nosotros, con todas sus consecuencias políticas. Se había roto el culto al autoritarismo. Días después confirmamos nuestras sospechas y vomitábamos la lectura de los diarios, los noticieros “jacobescos” de la televisión, el radio... La hipocresía y la cobardía se hicieron públicas por doquier. Y nosotros nunca volvimos a ser los mismos. ☒

Julio Carrasco Bretón (Ciudad de México, 1950). Mexicano, ingeniero químico egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México y artista plástico, con una vasta obra mural realizada, tanto en su país como en el extranjero. Analista de cultura y política, fue catedrático de la UNAM. Fue presidente de la Sociedad Mexicana de Autores de las Artes Plásticas - SOMAAP, consejero directivo del Salón de la Plástica Mexicana y es actualmente presidente de la Asociación Internacional de Artistas Plásticos, organismo reconocido por la UNESCO. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*. Esta crónica que ahora publicamos permaneció inédita diez años.